



Rosa Regàs

DIARIO
DE UNA ABUELA
DE VERANO

El paso del tiempo

Un libro tierno, divertido, inolvidable, en la que Rosa Regàs cuenta como son las vacaciones con sus nietos: Mis hijos las llaman las colonias de Llofriú; se me ocurrió que podría quedarme con los niños durante el mes de julio; así los vería y los disfrutaría. Un regalo que no ocupa lugar y que da sentido a la casa durante todo el año. ¿No será que, por más que los alargara, no me bastaron para satisfacer mis sueños infantiles, aquellas dos décadas de vida familiar, movida, divertida y en paz, que me consolaba del lento aprendizaje de la vida, del aprendizaje a la decepción? Lo que se desea en la infancia no tiene posibilidad de conseguirse en su perfecta plenitud porque pertenece al ámbito más íntimo de carencias del ser humano, las que nada ni nadie podrá nunca saciar.

"El trabajo no es un castigo, el trabajo es el goce
que nos ha dado Dios para que no nos enloquezca
el paso del tiempo."

*BACHIR ZUHDI, Director del Museo Arqueológico
de Damasco*

"Ya que la vida es breve, acorta la larga esperan-
za."

HORACIO, Odas, I, 11

Para Maria, Eduard, Marina, Celia, Daniel, Inés, Federico, David, Elena, Noa, Adriana, Jan, Gabriela, Nil, Max, Julia, Nina, y también para Isabelita y Pablo, Adria, Samir, Ismail, Lucas, Álex, Anna, Juanito y Borja.

Un cuento para la memoria y el amor

I

De pronto la casa cobra vida, una vida distinta de la que tiene cuando en invierno está vacía y solitaria en el valle desierto, con débiles rayos de sol sobre los árboles desnudos. La casa respira y vive ahora, aunque a esta hora temprana está todavía dormida y el silencio es tan profundo que con las primeras luces el trino de los pájaros dibuja notas en el aire límpido y fresco del amanecer. No logro desprenderme de la fascinación que siempre me provoca este cielo sin nubes, ese paisaje inmóvil en el que ni una hoja tiembla. Me envuelve la calma y medio dormida aún levanto la persiana y me asomo a la ventana. Una vez más me sorprende esta radiante hora de la mañana que contemplo desde la frontera de mis ojos aún entornados. Como si hubiera llovido o por la noche la tramontana hubiera barrido el cielo de nieblas y nubes, el paisaje está limpio y el aire irisado de transparencia. La calma es total aunque no estremecedora como lo es por la noche cuando me quedo sola en la casa, sino pacífica y sedante, y me entretengo en escuchar el escandaloso canto del gallo que me llega atemperado por la distancia. De vez en cuando el ladrido de los perros a lo largo de la valla de cipreses persigue inútilmente la camioneta del vecino madrugador que vive en la montaña. El campo está verde porque esta primavera no ha parado de llover y desde aquí, entre las ren-

dijas de luz de las persianas bajadas, veo los chopos y los tamarindos del jardín, las higueras y los olivos y la barrera de cañas de la acequia más allá del huerto, junto al camino que sube al monte. Cañas verdes y brillantes, hojas musgosas bien alimentadas, como son en los lugares de inviernos lluviosos, en los paisajes del norte de Europa.

El cielo va tomando un color azul que será intenso a mediodía y el sol que se anuncia detrás de las lomas que tengo enfrente va destiñendo el trozo de cielo en el que aparecerá enseguida como si alguien se anticipara y le preparara un camino de blanca claridad donde poder brillar sin estorbos.

Primero de julio. Hoy comienzan las vacaciones. Y como para marcar esta fecha excepcional en mi calendario el día ha amanecido sin viento, casi una rareza en este valle del Ampurdán donde vivo.

Ayer durante todo el día fueron llegando los niños, mis nietos, de dos en dos o de tres en tres, y los primos de los niños también y algún amigo. Unos besos y se van corriendo al campo que conocen como la palma de la mano a ver y reconocer cualquier cambio. Se acercan de nuevo cuando sus padres se van, impacientes por retomar las investigaciones y los juegos. Cuando ya va cayendo la tarde los oigo gritar y jugar y hasta pelearse, corriendo de un extremo a otro del campo como si llevaran en él un par de semanas. Se internan después en el bosque para construir una cabaña con hojas de palma recién cortadas y brezo y troncos, que los tendrá ocupados durante unos días y luego se derrumbará y poco a poco sucumbirá víctima de su olvido.

Ha comenzado el verano, el verdadero verano, y si miro hacia delante apenas le veo el final a este mes de niños con todo el jolgorio y la organización que ello supone. No me inquieta la cantidad de gente que hay ahora en la casa ni el orden que habrá de regirla porque confío en mi fiebre organizadora que me proporciona placer en sí misma, y sé que todo funcionará como funciona sobre el papel: en qué

cama dormiré cada uno, el cajón donde dejaré la ropa, el lugar bajo las moreras donde cenarán y comerán, la gente que vendrá a ayudar, el botiquín de urgencias, el campo de fútbol y la piscina redonda como una balsa del color del cobre. Todo está previsto y a punto y en mi favor tengo la experiencia de otros veranos y a Mohamed que durante todo el año cuida del mantenimiento de la casa, del jardín y de los campos. Sin Mohamed el funcionamiento de la casa sería una tortura.

De hecho éste es el decimotercer verano de estas vacaciones de niños que mis hijos llaman con cierta ironía, las "colonias de Llofriú". Comenzaron en una época en que yo viajaba sin descanso por el mundo, y se me ocurrió entonces que podría quedarme con los niños durante el mes de julio y así los vería y los disfrutaría. Y con el tiempo, a medida que fueran creciendo, echaría una mano a los padres que tendrían solucionado este mes impar entre la escuela y sus propias vacaciones en agosto. Un regalo anual, pensé entonces y sigo pensando ahora, que siempre será bienvenido, un regalo que no ocupa lugar y que da sentido a la casa durante todo el año.

Estábamos en 1990 y sólo había dos niños, María y Eduard, que acababan de nacer. Con el tiempo y a medida que fueron llegando los demás, los niños menores de dos años vienen acompañados de un adulto o una adulta, pero a partir de los tres hacen la vida con los niños mayores, aunque van siempre corriendo desaforados persiguiéndoles e imitándoles. Hoy son catorce, y los que vendrán este año tal vez sean más aún.

¿No será, me digo a veces, ese afán de poner la casa en movimiento una nostalgia que se esconde todavía en mi corazón, escapada de los años en que la casa, no ésta sino otra, estaba funcionando como tal a todas horas con niños que crecían, iban a la escuela, se hacían mayores, invitaban a sus amigos, un día y otro día, un mes y un año, que se fueron dejando colgada en algún lugar de la fantasía tanta

ternura como todavía me quedaba que todos aquellos años no alcanzaron a descargar? ¿No será que, por más que los alargara, no me bastaron para satisfacer mis sueños infantiles aquellas dos décadas de vida familiar, movida, divertida y en paz que me consolaba del lento aprendizaje de la vida, del aprendizaje de la decepción? Lo que se desea en la infancia no tiene posibilidad de conseguirse jamás en su perfecta plenitud porque pertenece al ámbito más íntimo de carencias del ser humano, las que nada ni nadie podrá nunca saciar. O tal vez lo que ocurre es que soy incapaz de vivir la realidad plenamente y satisfacer los deseos y las ansias, como si sufriera una especie de bulimia emocional que me lleva a desear siempre más y más en busca de esta imposible perfección. O tal vez, para no sentirme defraudada, me tomara la vida como si estuviera hecha de símbolos más que de realidades. No dejo de pensar en ello cada vez que me parece que le pido a la vida más de lo que me está dando.

Pero buscando un paliativo a tanta desazón, y aunque a veces sucumba a la melancolía, pienso que es mejor que todo ocurra de esta manera, es mejor seguir anhelando esa plenitud, es mejor que no se hayan colmado aquellos deseos que me permiten hoy, ya cerrado el ciclo familiar primero, seguir esperando con ansiedad ese paréntesis en mi vida profesional. "Cuando la casa está acabada entra la muerte", dice un proverbio turco y en cualquiera de los aspectos de la vida, sea la casa, la vocación, la profesión, el amor o la vida familiar, si nos queda todavía el ímpetu de continuarla porque tenemos conciencia de que algo queda por dar y por recibir o simplemente por hacer o descubrir, continuamos viviendo, no como un mero y apático devenir sino con la energía y el afán que precisan los proyectos que se quieren realizar. Tal vez sea esto, a fin de cuentas lo que nos mantiene vivos en el sentido más cabal de la existencia.

Los niños duermen en el piso bajo, en las dos habitaciones que son las suyas más la sala de la televisión que he-

mos habilitado como dormitorio, de otro modo no cabrían los catorce que son este año. No está previsto que se levanten antes de las nueve de la mañana porque ésta es una de las reglas que se siguen para que, aunque oculta, la cuadrícula del orden rija nuestras horas y no perdamos el placer por el espanto del caos. Me quedan pues dos horas.

Siempre creo que dos horas son muchas horas, que dos horas para escribir pueden dar mucho de sí, y sin embargo pocas veces esas dos horas de la mañana me alcanzan para poco más que para abrir el ordenador. Me gusta la ducha, o el baño en la piscina si la noche ha sido calurosa, me entretengo en contemplar el paisaje por la ventana y oír el tremendo concierto de los pájaros, bajo a la cocina, me hago un café, doy la comida y las medicinas a los perros -las pastillas contra la artritis a Lunes, o el antibiótico a Sol que tiene siempre problemas intestinales-, y luego llega Mohamed con el periódico. Y aunque son muchos los días que no los leo más que en titulares porque ya es suficiente para ponerme de malhumor, me ocupa tiempo. Y para cuando me doy cuenta son las nueve de la mañana.

El verano, si no es lluvioso como ha ocurrido a veces, es una época deliciosa en que todo parece más fácil. Los niños rondan medio desnudos por el inmenso jardín y se van tostando al sol que les cae sobre la piel entre las hojas de los árboles. Casi no hay tiempo para pararse a pensar. Somos tantos que apenas terminamos una cosa ya hay que comenzar otra, desayunos, comidas, meriendas y cenas se suceden entre los deberes de verano, dar de comer a los burros, bañarse, el paseo de las tardes y los libros que apenas abrirán cuando por la noche caigan derrengados en la cama.

Entonces, cuando apagamos las luces y Carmen, la maravillosa Carmen capaz de llevar ella sola la organización de un monasterio y sin la cual no sé qué sería de mí en este mes de julio, da las buenas noches y se va a su habitación en la casa pequeña que antes fue de los guardas, es el mo-

mento del vaso de vino, de la cerveza o del gin-tonic bajo la parra que nos protege del relente de la noche. Y los fines de semana cuando vienen los padres de los niños, es decir los hijos, y con ellos los amigos, la mesa se llena de gente, de fuets, ensaladas, tortillas de patata y de un jamón que nos manda desde hace muchos años el señor Rubio del Arca de Noé en Lanjarón, provincia de Granada, la tienda que descubrimos Juan Benet y yo en un viaje a la sierra de Las Alpujarras. Y cae la noche de golpe sobre nosotros y como si nos refugiáramos en ese reducto de delicias y de amor para descansar de las atrocidades que el mundo nos ofrece cada día, las conversaciones tienen un tono más pausado, menos estridente que durante el día lleno de gritos, de juegos, de peleas y de bromas. Lo sepamos hacer o no, sea o no sea posible, es la hora de alargar el tiempo.

2

Éste será un verdadero día de verano, ojalá sea también anticipo de un verano de calor porque recuerdo que hace unos años me tocó un mes de julio de lluvias intensas y tormentas espectaculares. Y lo recuerdo como una pesadilla. No sabía qué hacer con los niños que se peleaban más que de costumbre, se escapaban bajo la lluvia sin impermeables ni botas, volvían y llenaban la casa de agua y barro, había que cambiarlos varias veces al día y no había forma de secar tanta ropa. Los perros asustados por los truenos intentaban colarse dentro de la casa y se escondían debajo de los sillones..., un verdadero espanto. Y lo peor era que además hacía frío, un frío intenso que parecía más insoportable precisamente porque era verano y no me permitía echar mano del recurso, como ocurre cuando hay tormenta y hace calor, de dejarlos bañar bajo el aguacero, una de las diversiones más cotizadas de este mes.

Los niños que ayer trajeron sus padres, cada cual con su bolsa al hombro, ya se han instalado y mal que bien han ordenado sus cosas.

Primero llegaron Federico, David y Adriana. Federico es el mayor de los tres hermanos y va a cumplir diez años. Es muy rubio pero no le gusta serlo y cuando era más pequeño iba todo el día con la gorra puesta para que no le diera el sol. David, de siete años, nuestro David de Guatemala

es, de todos los niños que he visto en mi vida, el que tiene las manos y los pies más perfectos, grandes ojos negros, una piel de terciopelo, cierta sonrisa permanente, y tiene una forma peculiar y original de mover los labios cuando está a punto de reír. Adriana, es rubia también como Federico, tiene ahora cinco años y nació sabiendo exactamente lo que quería, cuál era su gusto y lo que no estaba dispuesta a soportar. También llegaron María de trece años y Daniel de diez. María es la artista -de varietés o de pintura- y Daniel es el deportista. Y con ellos llegó Celia, que tiene una gracia extraordinaria para moverse y bailar, y que sabe de memoria infinidad de canciones que yo, por supuesto, no conozco.

Descalza entro en la primera habitación y los veo respirar plácidamente a la tenue luz que se filtra por las rendijas de la persiana. Cuatro en las literas de la primera habitación y en la contigua dos literas más y otra cama. Hoy llegarán cuatro más, Eduard de trece, ordenado, autosuficiente, un poco pelirrojo, Elena de siete, la de los cabellos ensortijados y negros como sus pestañas, Ian de cinco, gracioso, ágil y terremoto, y la independiente Noa de seis años. Y mañana Julia y Nina de trece y once, entusiastas y divertidas las dos, que vienen cada año a pasar una semana con nosotros. En unos días aparecerá Marina, la indispensable Marina de todas nuestras actividades, silenciosa e inteligente que también nació sabiendo lo que quería y lo que no quería. Y más adelante se irán sumando para un par de días o una semana, amigos y primos. Todos están familiarizados con la casa, la habitación y la cama que les toca en la que han dormido, sea cual sea, infinidad de veces, porque la mayoría han venido aquí a pasar el mes de julio desde el mismo año de su nacimiento. Pero por acostumbrados que estén a la cama que según un plan previo hemos decidido que han de dormir, no quiere decir ni mucho menos que la acepten. En cuanto hayan llegado todos, comenzarán las peleas porque siempre hay uno de los cuartos que sin que

nadie sepa por qué este año se convierte en el preferido, el cuarto donde todos quieren dormir, y hay que hacer malabarismos para que queden contentos. Y menos mal que las tres habitaciones están una junto a la otra, dos de ellas separadas por un simple arco sin puerta.

Salgo despacio después de haber entornado las ventanas y me voy a la cocina a prepararme el primer café, como haré todos los días de este mes. Todavía queda una hora y media hasta que la casa se ponga en marcha, y la aprovecho porque a partir de entonces ya no habrá ni silencio ni descanso. Cuando entra Carmen dispuesta a comenzar el día, nos ponemos al trabajo ímprobo y meticuloso de hacer las listas de la compra. Después salgo al jardín donde Mohamed está regando las terrazas en torno a la casa. Aparecen los perros en tropel con la esperanza que les dé comida pero Mohamed me dice que él se la ha dado.

Falta *Sol*, lo llamo y no aparece.

"Me parece que está enfermo dice Mohamed", "tendremos que llamar al veterinario porque está muy delgado, no tiene hambre y apenas sale del cuarto de los perros".

Lo anoto mentalmente.

* * *

La mesa para el desayuno de los niños bajo las moreras está a punto, sólo falta que ellos mismos pongan la mesa en cuanto yo vaya a despertarlos. De hecho ya están despiertos, los oigo cuchichear por la ventana entreabierta esperando que sea la hora.

"¿Nos podemos despertar?", preguntaba Eduard cuando era pequeño. Y es que la regla de la casa es que los niños no se pueden despertar antes de las nueve. O por lo menos no pueden levantarse hasta que yo entre a dar los buenos días. Lo tenemos bien aprendido, ellos hacen como que esperan mientras hablan en voz baja o incluso leen

prendida la lucecita de la cabecera, y yo hago como si de verdad creyera que están dormidos. Así aguantamos mal que bien hasta las nueve. A veces me pregunto cómo es posible que no se levanten, aunque hablen en voz baja o los más pequeños hagan correrías de un cuarto a otro alegando que van al lavabo cuando los descubro. Yo soy la primera sorprendida, aunque a veces pienso que no es tan extraño como me parece porque desde siempre lo han visto así y están hechos a esa costumbre que aceptan como una norma inapelable, aunque a veces poco tenga que ver con la forma en que se despiertan y se levantan en su casa.

De todos modos, entrar en las habitaciones y abrir las ventanas, levantar las persianas y decirles que ya es la hora, es una de las cosas más agradables del día. Algunos tienen todavía el sueño pegado a los ojos y remolonean en la cama como si de verdad tuvieran pereza. Pero hoy, como la noche ha sido muy calurosa, salen directos a la piscina para darse un chapuzón antes de desayunar.

Un día descubrimos que las normas de la casa además de ser una forma de ordenar el espacio, el tiempo y los comportamientos de todos para facilitar la vida y hacerla más divertida y menos caótica, tenían una ventaja añadida: el profundo placer que proporciona romper esa regla no forzosamente al margen de la legalidad. Y en este sentido lo que más les gusta a los niños es que se les autorice a hacer alguna cosa fuera de los horarios habituales, como eso, por ejemplo, bañarse antes del desayuno.

Los oigo zambullirse, chillar, empujarse y siento que la casa se ha puesto en marcha y que así estará durante todo el mes. El final no se vislumbra, y sé que viviré confiada en que queda todavía mucho tiempo y así pasarán días e incluso semanas, hasta que de pronto, un día, me daré cuenta de que el final asoma, se acerca, se precipita, y para cuando me haya querido dar cuenta, ya lo tendré a mi espalda. Pero de momento estamos aquí, es nuestro segundo día, un día lleno de emociones para todos, porque los ni-

ños, que conocen al dedillo la casa, los corrales, el huerto, el molino y los campos, correrán de un sitio a otro descubriendo las novedades y haciendo sus planes para este mes que les parece tan inacabable como me lo parece a mí, más incluso, porque para ellos no ha comenzado aún la aceleración del tiempo que a mí me persigue a todas horas.

Mientras los ayudo a secarse y a ponerse la camiseta, me doy cuenta de que contrariamente a lo que me había propuesto, no he trabajado, ni he abierto el ordenador, ni siquiera he pensado en ello, y yo misma me disculpo porque ya se sabe, el primer día, o el segundo, hay que organizar la vida, hay que hacer listas, hay que prever comidas, cenas, comprobar que han venido las personas que han de ayudarnos, llamar al veterinario. En mi optimismo me digo también que ya encontraré el momento aunque si de alguna cosa tengo la seguridad es de que no hay momentos para escribir durante esas semanas y aunque los hubiera no queda un lugar libre en la mente donde poder fabular. Pero aun así, como si no supiera lo que sé, insisto en que si me lo propongo encontraré el tiempo para escribir.

No me veo a mí misma mirando dormir a mis hijos cuando eran pequeños con tanta frecuencia y atención como lo hago ahora, reflexiono cuando leo en la primera página del periódico que ha traído Mohamed el título de un artículo que defiende el papel de la mujer en el hogar como trabajo único y reclama un sueldo para las amas de casa que, dice, dan todo su tiempo a la familia. No, yo nunca me he dedicado en exclusiva a la casa ni recuerdo haberme entretenido durante tanto tiempo en ver cómo dormían mis hijos como hago ahora con mis nietos, a no ser cuando eran muy pequeños y nos quedábamos dormidos juntos después de darle yo el pecho o el biberón al bebé de turno. Y más tarde, quizá porque me despertaba un minuto antes de despertarlos a ellos, tampoco encontré el momento. De noche